

teorema

Vol. XLI/2, 2022, pp. 109-131

ISSN 0210-1602

[BIBLID 0210-1602 (2022) 41:2; pp. 109-131

La segunda persona y la pragmática de la comunicación cara-a-cara

Carolina Scotto

ABSTRACT

In this paper, I propose to extend the approach to second-person social cognition by incorporating its communicative dimension. To this end, I examine the role of verbal and nonverbal signals in their primary niche of use: the dynamics of *spontaneous conversation* in dyadic interactive contexts. According to my proposal, the use of language in coordination and complementarity with the use of nonverbal signals rests on cognitive-pragmatic capacities that give rise to a paradigmatic form of *second-person communication*. On these bases, I argue that second-person social cognition and pragmatic-conversational abilities are components of the same *interactional competence*.

KEYWORDS: *Second-Person, Social Cognition, Spontaneous Conversation, Cognitive-Pragmatic Competences.*

RESUMEN

En este trabajo me propongo extender el enfoque de segunda persona de la cognición social, incorporando su dimensión comunicativa. Para ello examino el papel de las señales verbales y no verbales, en su nicho primario de uso: la dinámica de la *conversación espontánea* en los contextos interactivos diádicos. De acuerdo con mi propuesta, el uso del lenguaje en coordinación y complementariamente con el uso de las señales no verbales, descansa en capacidades cognitivo-pragmáticas que originan una forma paradigmática de *comunicación de segunda persona*. Sobre esas bases, sostengo que la cognición social de segunda persona y las capacidades pragmático-conversacionales son componentes de una misma *competencia interactiva*.

PALABRAS CLAVE: *segunda persona, cognición social, conversación espontánea, competencias cognitivo-pragmáticas.*

Según Pérez y Gomila (2022), las interacciones humanas espontáneas en encuentros diádicos o cara-a-cara, es decir, los fenómenos interactivos o de segunda persona característicos de tales contextos, revelan un patrón común:

[...] all of these forms of interaction are mediated by some kind of reciprocal exchange of signals. They are elicited as a proper reaction to the recognition of signals, giving rise to a communicative interplay. These processes take place at the subpersonal level –in an implicit, practical way –, and depend on their deployment upon the corresponding psychological understanding of the partners involved, an understanding that is not the result of an explicit process of inference and reasoning. This understanding is driven by the recognition of the expressive cues¹ that the partners emit within the interaction, in a *basic form of communication* that facilitates coordination; and when it is reciprocal, it gives rise to an experience of engagement [p. 77, subrayado mío].

In order to make this basic kind of mental attribution, no “meta” activity is needed; instead a mental state is caused by the state of the other person and so on; and no language is required in order for these interactions to work. The paradigmatic example of this kind of mental attribution is the one made in the intersubjective interaction between a baby (in her first year of life) and her caregiver.” [(p. 81)]

La idea que proponen es que la atribución psicológica en contextos diádicos involucra una forma de comunicación no verbal, mediada por procesos de reconocimiento perceptivo que son corporizados, intencionales y eficientes. Además, los dos autores también afirman que

[W]hereas we have left aside language-mediated interactions to achieve a clear characterization of second-personal attributions in interaction, dialogs can also be viewed as an example of reciprocal signal exchange and mutual adjustment or alignment [Pickering y Garrod, (2013)]. [p. 78; véase también p. 24].

Según el modelo de “ajuste” o “alineamiento” aludido, la interacción dialógica lingüísticamente mediada podría ser explicada por mecanismos de procesamiento similares a aquellos que intervienen en las interacciones no verbales: en ambos casos los participantes llevan adelante un proceso de coordinación, tanto a nivel del contenido como de la dinámica temporal de la interacción, que explicaría la convergencia de significados, la reciprocidad de los intercambios y la gran eficiencia de los diálogos espontáneos. En una publicación previa sobre el tema, sostuve que la perspectiva de la segunda persona comporta “una forma primitiva de comunicación intencional (inmediata, involuntaria, dinámica y situada) que se realiza tanto con medios lingüísticos como, básicamente, con recursos expresivos corporales (faciales, visuales y posturales) y comportamientos acordes con ciertas reacciones emocionales básicas” [Scotto (2002), p. 140]. En este trabajo propongo articular este modelo mediante un enfoque pragmático en los

intercambios comunicativos cara a cara, extendiendo la perspectiva de segunda persona a estas interacciones.

En mi opinión, el enfoque de segunda persona de la cognición social, más allá de su formulación clásica acerca del tipo de atribuciones que cada participante es capaz de realizar en los contextos interactivos, adquiere su pleno potencial explicativo cuando se extiende a la comunicación en esos mismos contextos. Con el objeto de fundamentar esa idea, examinaré el papel de las señales, tanto verbales como no verbales, en la dinámica de la *conversación espontánea* adulta, i.e., la que ocurre en contextos interactivos diádicos que no han sido diseñados artificialmente ni producidos en situaciones experimentales². De acuerdo con mi propuesta, el uso del lenguaje en coordinación y complementariamente con el uso de señales no verbales ejemplifica la forma paradigmática de *comunicación de segunda persona*. Ella depende tanto de competencias cognitivo-sociales como pragmático-comunicativas. En este trabajo me ocuparé, sobre todo, de estas últimas.

Procederé de la siguiente manera: en la sección I contrastaré los enfoques clásicos acerca de la psicología *folke* y las competencias sintáctico-semánticas que se requerirían para la atribución de creencias (y estados similares), con los enfoques interactivos o de segunda persona de rasgos y comportamientos no verbales en las interacciones cara-a-cara, cuya atribución no presupone competencia lingüística. Sostendré, por mi parte, que las atribuciones de segunda persona presuponen una *competencia pragmática*, en la cual se inserta el uso espontáneo del lenguaje una vez está disponible. En la sección II contrastaré las teorías pragmáticas clásicas con un enfoque del lenguaje basado en la primacía de su uso en las interacciones cara-a-cara. Así, defenderé una versión pragmático-interactiva del enfoque denominado *Primero la Pragmática* [Moore 2017], que incorpora intenciones comunicativas y procesos de interpretación pragmática de estilo griceano para explicar la conversación espontánea. Luego argumentaré que el uso de las señales no verbales y verbales, tanto naturales como convencionales, se integran en un único proceso de atribución intencional de segunda persona, según sus diferentes tipos de contribución a la comunicación. En la sección III aplicaré este enfoque a la explicación de la conversación espontánea. Para ello, me apoyaré en la noción de “máquina interactiva” de Levinson, que incluye capacidades cognitivo-sociales y pragmático-conversacionales. En relación a estas últimas, me referiré al carácter multimodal de la comunicación cara-a-cara, a la *división del trabajo comunicativo* instanciada por el uso simultáneo de señales con funciones diferenciadas, a la organización secuencial de la conversación y a su carácter recíprocamente contingente. Con estos fundamentos, sostendré que las capacidades

conversacionales y las capacidades de segunda persona de la cognición social son componentes de una misma *competencia interactiva*. Por último, en la sección IV identificaré algunas consecuencias que se siguen de esta reformulación de la cognición social de segunda persona en relación con el papel del lenguaje, la comunicación y la interpretación pragmática, para comprender la cognición social humana en general.

I. COGNICIÓN SOCIAL: LENGUAJE VS. COMUNICACIÓN NO VERBAL

La cuestión acerca de si las capacidades para “leer la mente” de otros y la competencia lingüística son o no interdependientes se desprendió más o menos naturalmente del formato en el que fue originalmente planteada la discusión [Premack y Woodruff (1978); Dennett (1978)]. Simplificadamente, se buscaba identificar las capacidades para la atribución de actitudes proposicionales mediante la aplicación del test de la falsa creencia [Wimmer y Perner (1983)]. Los resultados de la aplicación de este tipo de pruebas verbales directas mostraron que sólo los niños con competencia lingüística³, es decir, entre los tres y medio y los cuatro años, podían adscribir creencias falsas, es decir, tenían la sofisticada capacidad para “desacoplar” los propios contenidos mentales de los de otros. Esta capacidad específica, que permite predecir y explicar el comportamiento de otras personas, fue considerada por décadas la “competencia nuclear” [Andrews, Spaulding y Westra (2020)] y, por lo tanto, “la marca de la genuina atribución de estados mentales” [Westra y Nagel (2021)]. Aunque la aplicación de tests indirectos (de rastreo ocular) realizados en niños más pequeños [Onishi y Baillargeon (2005)] dio lugar a un debate sobre si tales adscripciones implícitas serían posibles en el segundo año de vida y por tanto, antes de la adquisición del lenguaje [Barone, Corradi y Gomila (2019); Barone y Gomila (2020)], el paradigma clásico se mantuvo en pie, tanto en lo que respecta al tipo de estados puestos en el foco de la atención como en relación a buena parte de los mecanismos o procesos requeridos para la atribución.

Esta capacidad para la adscripción explícita de estados mentales con contenido proposicional se denominó “teoría de la mente” (ToM), siguiendo la expresión utilizada por Premack y Woodruff en su artículo, coherente con la concepción de lo mental como inferencial, no accesible públicamente, y cuyo contenido tiene un carácter lingüístiforme. En coherencia con ella, esta concepción adoptó un *supuesto individualista* en relación al *input*, a los procesos y a los resultados de la atribución psicológica [cf.

Pickering y Garrod (2013), sobre la “ciencia cognitiva monádica”]. Este planteamiento individualista concibió a la interacción sobre la base de lo que previa e independientemente “piensa”, y secundariamente hace, cada uno de los individuos que participan en ella. De esa manera, los procesos observacionales y las operaciones teóricas requeridas para la atribución psicológica conforman la cognición social nuclear, mientras los fenómenos cognitivo-sociales interactivos sólo derivan de ellos o son sólo un caso de aplicación. En suma, entendida bajo el modelo individualista, la *interacción social* dependería de la *observación social*.

El carácter inconcluyente de las evidencias en torno a lo que podía probar el test de falsa creencia en cualquiera de sus versiones, y el crecimiento del interés en la interacción social como fenómeno genuino y no reducible a una secuencia de atribuciones teóricas independientes entre sí, estimuló la elaboración de versiones híbridas [cf. Fiebich, Gallagher y Hutto (2016)] y de modelos duales de la cognición social, así como propuestas “integradoras” de ambos tipos de cognición social, la atribución mediante ToM, y la involucrada en la interacción [Bohl y van den Bos (2012)]. Finalmente, en los últimos años, han proliferado distintas versiones llamadas “pluralistas” [Andrews, Spaulding y Westra (2020); Fiebich, Gallagher y Hutto (2016); Fiebich (2021)], que buscan dar cuenta del *input* complejo que es objeto de atribuciones psicológicas, así como, concomitantemente, de los variados *procesos* que requiere y los *productos* que origina. Como señala Fiebich (2021), el pluralismo pretende explicar cómo es posible la integración de los diferentes mecanismos cognitivos empleados en la comprensión psicológica, dependiendo de los contextos y de sus variadas funciones. Las propuestas pluralistas son compatibles con nuestro enfoque comunicativo-pragmático de las interacciones conversacionales, dado que el uso de señales no verbales y verbales puede requerir la implementación e integración de distintos de mecanismos cognitivos, y suscitar atribuciones desde las diferentes perspectivas en la misma situación interactiva.

El debate sobre la ToM estuvo marcado por otro supuesto limitante: el diseño experimental de las pruebas sobre creencias falsas no tomó en cuenta las situaciones reales en las cuales los niños aprenden y, al igual que los adultos, despliegan competencias cognitivo-sociales. En ese sentido se ha objetado que la tarea de detectar creencias falsas en los contextos sociales ordinarios no tiene la desproporcionada importancia que recibió en la literatura experimental [Rubio-Fernández (2019)]; que la atribución psicológica en general ocurre, sobre todo, en escenarios comunicativos ordinarios y espontáneos [Geurts y Rubio-Fernández (2015)]; y que es erróneo suponer que las competencias pragmáticas requeridas para la comunicación

ordinaria sean más sofisticadas que las que permiten detectar creencias falsas [Rubio-Fernández (2019)]. Por otra parte, y complementariamente, debe tenerse en cuenta que la conversación espontánea ocupa un porcentaje muy significativo de la interacción social humana y es “el hogar para la mayor parte de todos los usos lingüísticos” [Levinson (2019)], por lo que la investigación debería centrarse en ella.

Por otra parte, en el marco de lo que se ha llamado “el giro interactivo” en la cognición social, se elaboraron distintas propuestas alternativas a la corriente principal. Entre las primeras versiones interaccionistas o de segunda persona destacan las de Gallagher (2001) y Gomila (2001), (2002). Pérez y Gomila (2022) ofrecen una formulación actualizada de sus fundamentos y rasgos distintivos [cap. 1 y 2], el tipo de atribuciones que originan [cap. 3], su aplicación a distintos “fenómenos de segunda persona” [cap. 4], en especial, a las emociones [cap. 5], así como una propuesta elaborada sobre su interés teórico en distintos dominios, como la moralidad y el arte [caps. 9 y 10]), entre otras cuestiones. En mi opinión, se puede comprender mejor que la interacción comunicativa es parte del mismo fenómeno si se presentan sus rasgos distintivos agrupados en tres grandes características generales: (a) se trata de interacciones diádicas o cara-a-cara en tiempo real; (b) mediadas por atribuciones psicológicas de un tipo específico a dicho contexto (implícitas, prácticas, transparentes, públicas y basadas en la percepción directa); y (c) se manifiestan en comportamientos que son “recíprocamente contingentes”, es decir, en los que la respuesta de cada participante es adecuada o atinente a la acción previa que la ocasiona y se inserta en una secuencia mayor en la que cobra pleno “significado”.

El interaccionismo adhiere a una concepción corporizada de la cognición que pone de relieve el papel de los comportamientos y las señales corporales entre los participantes antes que los estados internos y sus características inobservables. Es, además, un enfoque constitutivamente social (o “micro-social”), tanto en relación con su objeto como relativamente a los procesos y resultados. Así, la unidad de análisis en la interacción no es la relación entre cada comportamiento expresivo y cada atribución psicológica, sino la *secuencia interactiva* misma como una estructura emergente, o, en la metáfora usual, “una danza” entre dos en la cual ambos participantes están sintonizados entre sí y “continuamente activos” [Shanker y King (2002)]. En tales contextos, la dinámica interpersonal no puede ser explicada sólo por el papel de los procesos cognitivos involucrados, individualmente considerados, sino que estos y las acciones “cooperan” generando una interacción que, a su vez, es irreductible a la suma de las contribuciones de cada participante. En muchos casos, incluso, puede ser

más correcto conceptualizar esa interacción en términos de “prácticas y procesos no-atribucionales” [Fiebich, Gallagher y Hutto (2016) p. 208]. En ese marco, como afirman Tylén et al. (2012), también el diálogo, su organización y su dinámica, ejemplifica este tipo de contexto interactivo, irreducible a los contextos observacionales y a sus presupuestos individualistas.

Este planteamiento vincula por tanto la cognición social con la pragmática de la comunicación, tanto verbal como no verbal, frente al tratamiento por separado que predominó en los enfoques cognitivistas clásicos. Entre las propuestas más destacadas que tratan de articular este vínculo, destaca la de Paula Rubio-Fernández. En un trabajo reciente [Rubio-Fernández (2021)] desarrolla la noción de *marcadores pragmáticos* –las clases de palabras que codifican información no-representacional y funcionan como “marcadores de intersubjetividad”⁴– para mostrar cómo permiten conectar el desarrollo en *tándem* de la competencia lingüística y la ToM. Su investigación se basa en el papel de los demostrativos para marcar atención conjunta y los artículos para marcar conocimiento compartido. Sus resultados apuntalan el interés de las explicaciones pragmáticas sobre la relación del lenguaje con la ToM. Gallagher (2020), por su parte, presta atención a la relación entre interacción y comunicación desde los inicios del desarrollo ontogenético, sobre la base de que “depende de las mismas clases de procesos dinámicos encontrados en la interacción en general” [p. 157]. Recurre incluso a la tradición del análisis conversacional, a la que nos referiremos luego, con el fin de señalar que los elementos y la dinámica de la conversación revelan una compleja “pragmática del cuerpo” a través del uso de señales corporizadas. No obstante, Gallagher sólo hace hincapié en el papel de las prácticas narrativas, sin que intervengan en su explicación otros elementos y factores pragmáticos específicos a los contextos conversacionales. Ahora bien, la mayor parte de los intentos de reconocer el papel de los factores pragmáticos en la interacción siguen anclados a las versiones clásicas del modelo griceano de la comunicación intencional o de la teoría de los actos de habla [cf. Wharton (2009); Scott-Phillips (2014); Scarantino (2017)], pasando por alto los procesos que pone de manifiesto la perspectiva de segunda persona de la cognición social.

En la siguiente sección presentaré mi propuesta de una pragmática de la interacción cara a cara. Antes de ello, conviene precisar que no asumo que todos los casos de cognición social de segunda persona son de carácter comunicativo. Por una parte, podrían ser el efecto de la detección automática de claves socio-cognitivamente significativas pero producidas sin intención comunicativa alguna, no ocasionando una respuesta comunicativa a su

vez. Por otra parte, este tipo de cognición social podría manifestarse en contextos no estrictamente interactivos, en los que, por ejemplo, uno de los participantes ocupara sólo vicariamente un rol en la interacción (vgr. un actor) y la atribución careciera del carácter recíprocamente contingente que es propio de las interacciones co-presentes. No me ocuparé de estas variedades de cognición social de segunda persona sin interacción, porque en ellas no tiene aplicación el enfoque conversacional que propongo.

II. LA “PRAGMÁTICA PRIMERO”: INTERACCIÓN Y COMUNICACIÓN MULTIMODAL

Es sabido que la tradición filosófica clásica sobrevaloró la eficacia del lenguaje para articular y vehicular, sobre la base de sus rasgos sintácticos y semánticos fundamentales, todos los “significados” que un hablante podría querer comunicar a un receptor competente. Sin embargo, la brecha entre lo dicho verbalmente y lo comunicado efectivamente requiere la implementación de procesos de interpretación pragmática basados en el papel de las intenciones de los hablantes, el contexto de uso y el conocimiento de trasfondo, entre otros factores. Del estudio de estos factores se ha ocupado la Pragmática, la teoría de los actos de habla de Austin (1962) y Searle (1969) y la teoría de la conversación y las intenciones comunicativas de Grice (1989). No obstante, la pragmática estándar se limitó en gran medida al estudio de unidades de análisis centralmente lingüísticas, con requerimientos cognitivos muy demandantes (p. ej., la comprensión de los usos indirectos del lenguaje) y estrategias de estudio fuertemente individualistas.

Se han formulado distintas *objeciones pragmáticas* a la teoría de los actos de habla, al menos en su interpretación ortodoxa. Sólo menciono las más relevantes para nuestros propósitos: el insuficiente papel del receptor en la realización exitosa de las acciones lingüísticas, el rol secundario de las señales no verbales⁵ y, sobre todo, que un “acto de habla” individual no siempre permite identificar cuál es su tipo sin tomar en cuenta la secuencia conversacional completa [cf. Levinson (2013)]. Por su parte, el modelo griceano pareciera presuponer requerimientos cognitivos muy exigentes para participar en la conversación que serían dependientes de la competencia lingüística, por lo que no podría explicar la comunicación humana en sus estadios pre-verbales ni tampoco la comunicación no verbal adulta. No obstante, es posible ofrecer una interpretación “no cognitiva” [cf. Geurts & Rubio-Fernández (2015)] y, como veremos, también una inter-

pretación cognitiva “desintelectualizada” del modelo griceano. En cualquier caso, a pesar del interés de ambas estrategias por dar cuenta de los usos comunicativos del lenguaje, en mi opinión no logran traspasar el formato individualista, sobre-intelectualizado y lingualista de la pragmática estándar, lo cual limita su capacidad para explicar la comunicación sin lenguaje y las interacciones conversacionales multimodales.

Se denominan *enfoques basados en el uso* (*usage-based approaches*) a una generalización de la perspectiva pragmática según la cual el uso y la función de los ítems lingüísticos podrían explicar su forma o estructura y no al revés [Tomasello (2003)6]. Así, “...el lenguaje del usuario emerge como un resultado de la exposición a numerosos eventos de uso... es decir, instancias situadas de la comprensión o la producción del usuario del lenguaje para transmitir un significado particular en una situación comunicativa particular” [Tyler (2010), p. 271]. Según estos enfoques, el centro de la atención teórica debe redirigirse a los rasgos aparentemente “periféricos” de la *actuación* lingüística, antes que a los rasgos aparentemente “nucleares” de la estructura, privilegiados por los enfoques formales clásicos. A su vez, la actuación pone de relieve la centralidad de la función comunicativa del lenguaje, hasta el punto de que, según estos enfoques, permitiría explicar sus restantes funciones.

Por otra parte, *la Pragmática Primero* [Moore (2017)] es un tipo de enfoque que intenta explicar la comunicación lingüística, y en especial, sus propiedades sintáctico-semánticas (y también su evolución y desarrollo ontogenético) sobre los fundamentos de la comunicación no verbal, y a ésta en términos de factores y procesos de interpretación pragmáticos, tales como comportamientos ostensivos e intenciones comunicativas en el formato proporcionado por la teoría griceana. Ahora bien, este tipo de enfoque se enfrenta a la objeción de que las capacidades socio-cognitivas que propone para dar cuenta de la comunicación no verbal sólo están al alcance de una criatura que ya dispone de lenguaje. Para sortear dicha objeción, Moore propone que la comunicación intencional y ostensiva es posible con requerimientos cognitivos mínimos, que están presentes tanto en los niños prelingüísticos como en la comunicación animal en distintas especies [cf. Moore (2018)].

En mi opinión, una propuesta pragmático-interactiva de la comunicación no verbal puede dar un paso más en esta misma dirección griceana minimalista⁷. Según esta variedad de *la Pragmática Primero*, la interacción cara-a-cara es “el sitio primordial” [Goodwin (2000)] o “el nicho ecológico natural” [Schegloff (2006); Levinson (2006), (2019)] en el que se debe explicar la acción comunicativa, tanto no verbal como verbal, porque la mayor

parte del uso del lenguaje, en combinación con las señales no verbales, ocurre en contextos interactivos y porque, además, en esos mismos contextos el lenguaje es aprendido y también, presumiblemente, pudo haber evolucionado [Clark, 1996; Holler y Levinson (2019)]. Ahora bien, si el lenguaje es concebido, ante todo, como una herramienta para la interacción, sería razonable esperar "...que esté conformado de maneras cruciales por esta función" [Couper-Kuhlen y Selting (2001), p. 3]. En particular, la propuesta pragmático-interactiva de la *conversación espontánea*, tanto no verbal como verbal, ofrece una versión de la *Pragmática Primero* que reconoce el papel constitutivo de la interacción y de la cognición social en ella en la infraestructura de la comunicación humana. En la feliz expresión de Pickering y Garrod, reconoce que "el diálogo no ha derivado del monólogo" [(2013), p. 68].

En la tradición pragmática de los estudios sobre el análisis de la *conversación*⁸ se emplea la noción de "acción social" o simplemente "acción", en vez de "acto de habla" [cf. Levinson (2017)], para referir a las acciones realizadas mediante señales de distintos tipos en la conversación. En ese contexto interactivo multimodal se puede advertir que "...el lenguaje sólo funciona porque es suplementado por una gran oferta de información adicional..." [Levinson y Toni (2019) p. 257]. Dicho de otra forma, el lenguaje no trabaja solo. En las interacciones cara-a-cara, el "significado" es expresado a través del concurso de distinto tipo de señales. Por otra parte, cada acto, en esas interacciones, no es más que una contribución incompleta y a veces incomprensible, respecto a la secuencia completa que sólo se obtiene con la respuesta del interlocutor [Pickering y Garrod (2004)]. Como señala Gallagher (2020), "...la comunicación siempre va más allá del autor/agente/hablante...", porque cada participante "...está involucrado en un proceso que es mayor que un acto de habla individual, o una colección de actos de habla..." [pp. 156-7]. En otras palabras, las acciones en la interacción comunicativa son mayormente acciones conjuntas [Clark (1996)], aunque de un tipo muy especializado [Pickering y Garrod (2013)], en la medida en que están apoyadas en una capacidad específica, una *competencia interactiva*. En síntesis, las "prácticas de segunda persona" que constituyen esta competencia interactiva no son ni puramente lingüísticas ni estrictamente individuales. Por lo tanto, las unidades de análisis más básicas no son las emisiones lingüísticas ni tampoco los actos de habla realizados por cada individuo, sino las acciones comunicativas realizadas a través de emisiones multimodales en las secuencias conversacionales.

En relación con el carácter y la función de las señales no verbales en la comunicación humana, son oportunas algunas consideraciones. Distintos fundamentos, tanto formales como funcionales, ponen en cuestión la

existencia de una distinción nítida entre señales verbales y no verbales [Lyons (1977); Clark (1996)], aunque estas denominaciones sugieren lo contrario. Por una parte, las “palabras” mismas son de muy diferentes tipos, atendiendo tanto a sus características formales como a sus funciones semánticas y pragmáticas [Wharton (2009)]. Por otra parte, los rasgos prosódicos de las emisiones verbales, las vocalizaciones inarticuladas y las convencionalizadas, y las señales corporizadas, como los gestos manuales, las expresiones faciales y corporales, evidencian una “íntima interpenetración” o “complementariedad” con el uso de las señales lingüísticas [Lyons (1977)]. Algunas señales, además, parecen tener un carácter híbrido o limítrofe “entre sonido y habla” [Dingemanse (2020)]. Las vocalizaciones inarticuladas y muchas interjecciones constituyen casos ilustrativos de esta frontera híbrida, evidenciando un *continuum* entre ambos tipos de señales. Como veremos en la sección 3, muchas señales de este tipo tienen funciones específicamente conversacionales.

Los estudios conversacionales desacreditaron distintas ideas erróneas, aunque todavía muy arraigadas, sobre el papel de los comportamientos no verbales en la comunicación. Entre ellas, destaco las siguientes: mientras las señales lingüísticas expresan el contenido semántico, las no lingüísticas serían meras claves involuntarias; o, en su defecto, sólo contribuirían de manera redundante a formar un único mensaje [Rossano (2013)]; o, en el mejor de los casos, les estaría reservada la función de “... establecer y mantener la interacción y las relaciones interpersonales” [Kendon (1981) p. 3]. Sin embargo, el papel de los comportamientos no verbales es muy variado. La conocida tipología propuesta por Ekman y Friesen (1969) ya reconocía que las señales no verbales pueden usarse para expresar contenidos semánticos (aquellas que reemplazan o son reemplazables por palabras), pero también pueden tener funciones pragmáticas: mantener y dirigir la interacción, por ejemplo. Ahora bien, las señales no-verbales también pueden expresar rasgos sintácticos, mediante las pausas u otros rasgos prosódicos y rasgos pragmáticos: la fuerza ilocucionaria de un acto de habla, p. ej., mediante un gesto; o incluso, actos de habla completos [cf. Scarantino (2017) acerca de las expresiones emocionales], así como, también, sirven para producir implicaturas conversacionales, p. ej., una expresión facial puede “significar” lo contrario de lo que se dice verbalmente. Las diferentes funciones que pueden desempeñar las palabras, en sus variados contextos de uso, está suficientemente reconocida para que sea necesario mencionarlas aquí.

En la literatura sobre comunicación no verbal se ha buscado precisar qué clase de comportamientos cuentan como comunicativos *strictu sensu*.

Teniendo en cuenta que cualquier conducta, e incluso “cualquier rasgo del mundo, animado o inanimado ... puede ser usado por un animal como una guía para la acción futura” [Maynard Smith y Harper (2003) p. 3], es preciso distinguir los “indicadores naturales” de los comportamientos que tienen una función específicamente comunicativa. Para ello se elaboró la distinción entre *claves* y *signos* naturales [cf. Maynard Smith y Harper (2003)] o entre *signos* y *señales* naturales [cf. Wharton (2009) para una discusión de este asunto], más o menos equivalente. Dado que en la literatura sobre la pragmática conversacional suele emplearse la distinción entre *claves* y *señales*, adopto esa convención aquí [cf. también Green (2007)]. Quien produce una *clave*, aunque ponga a disposición información potencialmente útil, no tiene la *intención* de causar un efecto en ciertos receptores, de modo que ese rasgo no puede interpretarse como una adaptación con una función comunicativa. Las *señales*, en cambio, han sido moldeadas por la evolución para desempeñar ese tipo de función, que sería adaptativa en tanto el tipo de conducta que la satisface ha sido seleccionada en virtud de los efectos que regularmente causa en receptores apropiados (piénsese, p. ej., en los gestos, actitudes corporales y vocalizaciones “captadores de la atención”, en algunas especies primates). Por lo tanto, mientras las claves son involuntarias y sintomáticas, es decir, sólo muestran el estado o condición de quien las produce (como los rubores y los temblores), las señales, en cambio, van acompañadas de una explícita intención comunicativa (como la mirada penetrante o las expresiones de disgusto o enojo). Ciertamente una clave puede convertirse en una señal, si su emisor intenta comunicar algo mediante su producción intencional. Es decir, aunque esta distinción está bien fundada, es erróneo inferir de ella que hay un conjunto de claves y otro de señales. Por lo tanto, la misma expresión puede ser una cosa y otra en función del contexto de uso y las características de los usuarios.

A pesar de estas distinciones, sigue siendo frecuente el uso indistinto de ambos, o el uso del concepto de clave para referir a todos los comportamientos expresivos no verbales. Pérez & Gomila (2022) registran muchos de esos usos en la literatura sobre cognición social de segunda persona. Ello puede estar asociado a una caracterización no intencional y no comunicativa de muchos de ellos, que podría justificar, a su vez, una visión de la cognición social que no reconoce una dimensión comunicativa de la interacción. Por otra parte, suele darse por sentado, también erróneamente, que todas las señales no verbales son de naturaleza expresiva (o auto-expresiva), tomando como ejemplo paradigmático a las expresiones emocionales [Green (2007)]. Pero esta conceptualización limita injustifica-

damente sus capacidades comunicativas, incluso en el caso de las expresiones emocionales. Algunas variantes de expresivismo cometen este error, asumiendo una distinción nítida entre “mostrar” y “decir” [cf. Wharton (2009)]. Por el contrario, una misma señal puede ser usada, en distintos contextos, para diferentes fines (p. ej., una cierta configuración facial puede expresar un estado emocional o reclamar atención o hacer saber que uno no comprende lo que está escuchando, etc.). Es decir, la función comunicativa de las señales no verbales, excepto la de aquellas fuertemente convencionalizadas, tiene que interpretarse atendiendo a cada contexto de uso. Por último, las señales naturales pueden adquirir formas variadas, según el contexto cultural o las características de quien las produce, es decir, pueden convencionalizarse o ser idiosincráticas, respectivamente. En tales casos, ya no tienen un carácter “puramente” natural. Con estos fundamentos se puede afirmar que la comunicación intencional y la interpretación pragmática en la conversación se aplica a un *continuum* entre las claves y las señales, las señales naturales y las convencionales, las no verbales y las verbales, según sus diferentes tipos de contribución a la comunicación. Comprender la dimensión comunicativa inherente a la cognición social interactiva contribuye a apreciar mejor el espectro de funciones que satisfacen las señales no verbales y también algunas señales semi-verbales y verbales, puesto que todas ellas constituyen el *input* de las atribuciones de segunda persona en la conversación espontánea. Y, correlativamente, permiten identificar el tipo de capacidades cognitivo-pragmáticas que se requieren para su procesamiento e interpretación.

III. LA “MÁQUINA INTERACTIVA” Y LA CONVERSACIÓN ESPONTÁNEA

Enfield & Levinson (2006) formularon la siguiente hipótesis general acerca de las “raíces de la socialidad humana”:

At the heart of the uniquely human way of life is our peculiarly intense, mentally mediated, and highly structured way of interacting with one another. This rests on participation in a common mental world, a world in which we have detailed expectations about each other’s behavior, beliefs about what we share and do not share in the way of knowledge, intentions, and motivations. That itself relies both on communication (linguistic and otherwise) and on a level of cooperation unique in the animal world [p. 1].

Esta hipótesis intenta orientar un nuevo campo interdisciplinario de estudios interactivos. Levinson elabora en distintos trabajos [(2006a), (2006b),

(2019), (2022), entre otros] la propuesta según la cual los humanos estamos provistos innatamente de una competencia distintiva: la *máquina interactiva*. Dicha competencia consistiría en un conjunto de capacidades tanto cognitivo-sociales como comunicativas, que operan de manera eficiente, implícita y flexible en los contextos cara-a-cara. Así, instintos, disposiciones y motivaciones cooperativas, el interés por otros agentes con intenciones, así como la infraestructura cognitivo-comunicativa que esas mismas capacidades hacen posible, componen la *máquina interactiva* que nos permite usar y reconocer señales naturales en esos contextos, atribuyendo intenciones a los actos comunicativos. Según Levinson (2022) dicha infraestructura se resume en la capacidad para “la atribución de intención a los actos comunicativos involucrando un modelo de la mentalización del otro, e incluso un modelo del otro de las intenciones propias.” [p. 2]. La máquina interactiva incluye, pues, la capacidad para tener y reconocer, de manera automática e implícita, intenciones comunicativas mínimamente griceanas antes del dominio del lenguaje, asumiendo que los participantes “cooperan” tanto al manifestar como al detectar dichas intenciones.

Según esta hipótesis, las habilidades interactivas presentes en los niños prelingüísticos les permitirían adquirir la “teoría de la mente”, a medida que aprenden gradualmente el lenguaje y las pautas culturales. Esta propuesta se alinea, pues, con los enfoques de segunda persona y con los enfoques de la *Pragmática Primero*, deflacionando sus requisitos cognitivos. Así, “el lenguaje presupone, de hecho, cabalga sobre una vasta infraestructura de capacidades humanas para la comunicación, que son parcialmente independientes del lenguaje”, o, lo que es igual, “...posiblemente no podría funcionar sin un previo marco de supuestos mutuos, heurística interpretativa y normas interactivas” [Levinson y Toni (2019) p. 257]. La principal consecuencia de esta hipótesis, relevante para nuestro tema, es la siguiente:

it is not language that has made human social interaction possible, it is rather our interactional abilities that have enabled language, and a crucial ingredient is this rich intentionality, this reflexive mind-reading [Levinson (2022), p. 3].

En pocas palabras, el lenguaje está enraizado y embebido en un “contexto plenamente pragmático, interactivo y multimodal” [Levinson y Holler (2014)]. En consecuencia, para comprender los usos interactivos del lenguaje, debemos comprender cómo funciona el sistema comunicativo multimodal del que forma parte.

Decíamos antes que los estudios sobre cognición social interactiva, y sobre la ToM en general, descuidaron su dimensión comunicativa. Decimos ahora que en el campo de los estudios conversacionales se ha prestado escasa atención al papel de las capacidades socio-cognitivas que apoyan las interacciones cara-a-cara: en muchos análisis conversacionales los hablantes son tratados casi como “actores sociales ‘carentes de mente’” [cf. Van Dijk (2006)]. Es claro, sin embargo, que las competencias cognitivo-sociales presupuestas por esos análisis son, sustancialmente, las mismas que han identificado los filósofos y psicólogos interaccionistas. La explicación de la conversación espontánea, por el contrario, ha recibido un intenso tratamiento teórico y empírico en la tradición del análisis conversacional⁹.

Además de las capacidades cognitivo-sociales, Levinson (2022) caracteriza los siguientes “rasgos de diseño” comunicativos que compondrían la *máquina interactiva*: (i) la “instrumentación” de señales multimodales, con diferentes funciones; (ii) una dinámica temporal controlada mediante la “toma de turnos”; (iii) la manipulación de contingencias conversacionales, según la cual cada acción es contingente respecto de la precedente [Levinson (2022)]. Consideremos, brevemente, cómo cada uno de ellos se implementa en la conversación.

Los comportamientos de señalización son actos comunicativos que no sólo vehiculizan los “significados” (expresivos, descriptivos u otros), sino también las intenciones e incluso las fuerzas ilocucionarias. Ahora bien, ellos sólo pueden ser comprendidos si los hablantes son capaces de adaptar las señales que emplean teniendo en cuenta los factores que podrían facilitar u obstruir la comprensión de sus destinatarios. En otras palabras, para que esta forma de comunicación pueda funcionar “un requisito esencial... es que los hablantes adapten los mensajes a los requerimientos de sus destinatarios específicos” [Holler (2022)]. Por esta razón, los hablantes “diseñan” sus emisiones de modo que puedan ser apropiadamente recepcionadas por los destinatarios en la conversación, es decir, muestran una “orientación y sensibilidad hacia el o los otros que son los co-participantes” en la conversación, un rasgo que los especialistas denominaron *recipient design* [Sacks, Schegloff y Jefferson (1974), p. 727].

Otra herramienta en el mismo sentido la ofrece el empleo simultáneo y combinado de *emisiones multimodales* satisfaciendo diferentes funciones en la interacción: mientras unas son responsables del “mensaje”, otras supervisan la interacción. Estas últimas tienen a su cargo distintos procesos pragmáticos: señalar el intento de comunicar, comunicar significados no codificados, adaptar la información al receptor y reconocer el *common*

ground, señalar comprensión y problemas de comprensión, calibrar y coordinar temporalmente la interacción mediante acciones secuenciales y recíprocas, y organizar y monitorear la toma de turnos [Holler 2022]. Esta “pragmática multimodal” permite la realización de “procesos pragmáticos elementales para coordinar la mente en la interacción” [Holler (2022)]. Las señales corporales no verbales (vgr., parpadeos, sonrisas, carraspeos, movimientos con las cejas, cambios en la dirección de la mirada, movimientos de la cabeza, etc.), pero también un variado repertorio de vocalizaciones semi-verbales y verbales, como algunas interjecciones (*mm*, *ah*, *uh!*, *eh?*, *sh!*, entre otras) [Dingemanse et al. (2015), (2020), (2022)] satisfacen esas funciones específicas: inician, mantienen, transfieren e interrumpen la participación conversacional, así como también apoyan y monitorean la marcha de la interacción, e incluso, señalan la intención de reparar sus fallos. Denominaré *marcadores pragmático-interactivos*, *pragmático-regulativos* o, si se prefiere, *meta-pragmáticos*¹⁰ a las señales cuya función es hacer posible que las acciones comunicativas, es decir, las intenciones y los significados, puedan ser adecuadamente comprendidos. Ellos ejemplifican una *división del trabajo comunicativo* que es inherente a la comunicación en contextos interactivos. Así, para comprender la complejidad de la conversación espontánea, pero también el escaso esfuerzo cognitivo requerido y su gran eficiencia en un contexto temporalmente demandante, la *división del trabajo comunicativo* es una solución eficiente: mientras algunas señales transmiten el “mensaje”, otras facilitan que dicha transmisión sea exitosa.

Por otra parte, la producción de cada emisión se inserta en una infraestructura mayor: la organización secuencial. Esta requiere de un sistema de *turnos de habla*, es decir, una dinámica temporal organizada en la que cada participante realiza, en forma sucesiva, una o más acciones por turno. Ello produce un orden espontáneo de alternancia en los roles y respuestas contingentes y recíprocas por parte de cada interlocutor. Los rasgos que identifican esta forma de organización suelen sintetizarse en las fórmulas clásicas: “one party talks at a time” y “no gap and no overlap” [Sacks, Schegloff & Jefferson (1974) pp. 699 y ss.]. Parece claro que se trata de un sistema adaptado para las interacciones conversacionales. Dicha organización se ve facilitada por mecanismos y dispositivos que regulan los turnos sucesivos y detectan y reparan los problemas que pueden presentarse sobre la marcha (“mecanismos de reparación”). Abundante evidencia sugiere que se trata de una infraestructura interactiva que, al menos en parte, sería universal, por lo que se presume que estaría facilitada por mecanismos cognitivos innatos [Dingemanse et al., (2015); Levinson (2006a), (2006b), (2019)].

Respecto a las exigencias de la dinámica temporal de la conversación, se sabe que el hiato temporal entre la participación de cada hablante es mínimo, por lo cual cada uno prepara su participación antes que finalice el turno del hablante que lo precede, de un modo que le permita mantener la secuencia conversacional [Levinson (2013)]. Por lo tanto, cada hablante debería ser capaz de realizar una adscripción correcta de la acción que realiza su interlocutor, incluso antes que ésta concluya. En otras palabras, la conversación puede mantener su dinámica porque hay una breve ventana temporal en la que se solapan la producción del hablante con la preparación de la producción del oyente antes que concluya el turno conversacional en curso y comience el siguiente. Por lo tanto, la comprensión y la planificación de la producción deberían tener lugar de forma simultánea [cf. Levinson (2013) y (2019)]. Estos patrones, y el carácter satisfactorio de la mayor parte de las conversaciones espontáneas, sugieren procesos de procesamiento mayormente sub-personales.

Además, tanto el carácter *espontáneo* como *contingente* de los comportamientos interactivos se ve facilitado por una estructura a la que se ajusta la intervención de cada participante, en el siguiente sentido: lo que un hablante hace en un turno de habla depende de lo que otro hizo en el turno precedente, así como, a su vez, se conecta con lo que hará el próximo hablante en el siguiente turno. Así cada acción en cada turno está contingentemente conectada con la anterior y con la siguiente, creando una secuencia *basada en la comprensión de cada participante de lo que ambos están realizando en la conversación*. Esa comprensión está, por así decir, *corporizada en la acción subsiguiente*. Es decir, como afirma Levinson (2013), la *adscripción* consiste en “la asignación de una acción a un turno” manifiesta en la acción subsiguiente. Nuevamente, dadas las constricciones en las que se desenvuelve la conversación, dicha asignación no consiste en atribuciones explícitas, menos aún la realización de inferencias conscientes [cf. Pérez y Gomila (2022) cap. 3]. Por esta razón, no pareciera del todo adecuado llamarlas “atribuciones”, como es usual en la literatura sobre cognición social, porque sugiere un proceso cognitivo explícito y un producto que resulta de procesos que sólo dependerían de lo que ocurre en la mente del receptor. Más bien la tarea que se requiere de cada participante en relación con la acción de su interlocutor es una *adscripción implícita*, tanto *manifiesta en la misma respuesta interactiva* como *aceptada* por parte de aquel, es decir, cuyas condiciones de “felicidad” no dependen exclusivamente de la perspicacia del receptor (y de otras condiciones contextuales). En suma, el empleo de una rica fuente de información multimodal, la organización secuencial y la interacción contingente permiten concebir a la conversación espontánea

como una forma de “acción conjunta” en la que cada participante coopera haciendo su parte. Aunque la conversación espontánea requiere interpretación pragmática y cognición social, no depende de atribuciones explícitas y de esfuerzos cognitivos muy demandantes.

IV. A MODO DE CONCLUSIÓN

El recorrido realizado partió del contraste entre los enfoques clásicos de la cognición social en relación con la posesión de competencias sintáctico-semánticas y los enfoques interactivos, para los cuales las atribuciones psicológicas son independientes y previas a la adquisición de aquellas capacidades. Propuse que las capacidades de segunda persona de la cognición social y las capacidades pragmáticas involucradas en la conversación espontánea, tanto preverbal como verbal, en los contextos cara-a-cara, son componentes de una misma *competencia interactiva*. Así, argumenté en favor de una “pragmática de segunda persona”, convergente con las propuestas basadas en el análisis conversacional, que pretende explicar las interacciones conversacionales tomando en cuenta la riqueza y la división del trabajo comunicativo realizado por las señales verbales y no verbales que las hacen posibles y las sostienen. Finalmente, recurrí a la propuesta de Levinson de una “máquina interactiva” entendida como la competencia humana básica para la atribución de intenciones y para la interacción conversacional, así como la matriz que hace posible el desarrollo del lenguaje y la cognición social no interactiva. Por estas razones, el enfoque interaccionista de la cognición social, enriquecido por su dimensión comunicativa, es una clara expresión de que *la pragmática está primero*. Como es evidente, esta propuesta constituye todo un programa de investigación. Entre otros objetivos alienta a la Pragmática a superar sus presupuestos individualistas y lingüecéntricos -e incluso a revisar la caracterización de lo que sea el lenguaje [para un intento en esa línea de reformulación radical del lenguaje, cf. Di Paolo, Cuffari y de Jaegher (2018)].

Pero, además, según esta perspectiva pragmático-interactiva, los procesos básicos de interpretación pragmática de segunda persona ya están disponibles en los contextos comunicativos preverbiales y el uso del lenguaje se incorpora gradualmente a ellos, sin que la infraestructura y los mecanismos interactivos de reconocimiento intencional dejen de funcionar. En consecuencia, una defensa fundamentada de esta propuesta requeriría no sólo ilustrar su funcionamiento integrando ambas competencias,

las cognitivo-sociales y las pragmático-interactivas, sino también explicando el modo en que esta matriz de comprensión intencional permite la emergencia y el funcionamiento del lenguaje y el desarrollo de otras variedades de cognición social.

Por otra parte, este planteamiento invita a repensar la relación entre las atribuciones de segunda persona y las de primera y tercera persona. Más precisamente, la centralidad de la interacción conversacional requiere reformular el contraste entre las formas corporizadas e interactivas de atribución psicológica de segunda persona, apoyadas en la comunicación no verbal, y las formas inferenciales de atribución de primera y tercera persona, basadas en capacidades sintáctico-semánticas. Una vez que se concibe a la conversación espontánea como el *nicho primario* de todas las formas de cognición social, es preciso dar cuenta no sólo de la continuidad y complementación de todas ellas en el marco de un enfoque pluralista, sino de su diferenciación progresiva en el desarrollo ontogenético y de sus manifestaciones en contextos no interactivos.

Instituto de Humanidades (IDH)
Universidad Nacional de Córdoba-CONICET,
Pabellón Agustín Tosco, Ciudad Universitaria, 5000,
Córdoba, República Argentina.
E-mail: carolina.scotto@unc.edu.ar

NOTAS

¹ Me referiré a los conceptos de *clave* y *señal* en la sección 2. En este párrafo y en otros del libro de Pérez y Gomila (2022), así como en buena parte de la literatura sobre cognición social y comunicación no verbal, suelen emplearse de manera intercambiable. Como se verá luego, sin embargo, es relevante distinguir entre ambos, cualquiera sea la terminología.

² Uso la expresión *conversación espontánea* y no *habla-en-interacción*, aunque ambas tienen el mismo significado en la literatura, porque esta última podría sugerir que sólo abarca el uso de señales lingüísticas. Me referiré al uso del lenguaje en su modalidad predominante, la vocal, pero ningún rasgo funcional relevante depende de ello.

³ Se suele sobreentender que dicha competencia es, sobre todo, semántica (vocabulario mental) y sintáctica (cláusulas embebidas en estructuras sintácticas más complejas).

⁴La tesis general que apoya esta interpretación es que las lenguas disponen de una variedad de medios gramaticales para rastrear, monitorear y afinar la interacción [cf. Evans, Bergqvist y San Roque (2018)].

⁵La teoría pragmática de Scarantino (2017) acerca de las expresiones emocionales como actos de habla análogos podría verse como una excepción a esta limitación, en tanto busca explicar cómo podrían realizarse actos de habla sin lenguaje. No obstante, lo hace al precio de proyectar injustificadamente un modelo lingüístico sobre las señales no verbales [cf. Scotto (2022)]. Una crítica griceana al enfoque pragmático de Scarantino, puede verse en Moore (2017).

⁶Esta denominación pretende abarcar a un conjunto variado de teorías lingüísticas que comparten estos y otros presupuestos generales. Aunque este enfoque fue originalmente aplicado al aprendizaje del lenguaje, se extendió luego al estudio de otros fenómenos lingüísticos [cf. Tomasello (2003)].

⁷Desarrollo una propuesta de ese tipo sobre las señales faciales en “A Pragmatics-First Approach to Faces” (2022).

⁸Me refiero a la producción teórica y empírica que aborda el estudio de la *conversación* como una forma específica de comunicación e interacción humana. En ella se destaca el *Análisis Conversacional*, una metodología de análisis de esta forma de interacción social, adoptada en distintas disciplinas sociales [cf. Couper-Kuhlen y Selting (2001)]

⁹La hipótesis de Levinson distingue ambos tipos de capacidades, las cognitivo-sociales y las pragmático-conversacionales, en una misma infraestructura cognitiva. Sin embargo, sigue siendo materia de investigación cómo y en qué medida una y otra, además de cooperar e incluso solaparse entre sí, podrían tener también funciones diferenciadas [cf. Bosco, Tirassa y Gabbatore (2018)].

¹⁰No hay una conceptualización ni una terminología consolidadas en la literatura para este tipo de función meta-comunicativa de algunas señales no verbales y verbales [cf. Dingemanse (2022)].

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDREWS, K., SPAULDING, S. y WESTRA, A. (2020), “Introduction to Folk Psychology: Pluralistic Approaches”; *Synthese*, 199(1), pp. 1685-1700.
- AUSTIN, J. L. (1962), *How to Do Things With Words*; Cambridge, MA, Harvard University Press.
- BARONE, P., CORRADI, G. y GOMILA, A. (2019), “Infants’ Performance in Spontaneous-Response False Belief Tasks: A Review and Meta-Analysis”; *Infant Behavior & Development* 57: 101350. <https://doi.org/10.1016/j.infbeh.2019.101350>
- BARONE P. y GOMILA, A. (2020) “Infants’ Performance in the Indirect False Belief Tasks: A Second-Person Interpretation”; *WIRE Cognitive Science*, vol 12/3, e1551. doi: 10.1002/wcs.1551. <https://doi.org/10.1002/wcs.1551>
- BOHL, V. y VAN DEN BOS, W. (2012), “Toward an Integrative Account of Social Cognition: Marrying Theory of Mind and Interactionism to Study the Interplay of Type 1 and Type 2 Processes”; *Frontiers in Human Neuroscience*, 6, p. 274.

- BOSCO, F. M., TIRASSA, M. y GABBATORE, I. (2018), “Why Pragmatics and Theory of Mind Do Not (Completely) Overlap”; *Frontiers in Psychology*, 9, 1453.
- CLARK, H. H. (1996), *Using Language*; Cambridge, Cambridge University Press.
- COUPER-KUHLEN, E. y SELTING, M. (2001), “Introducing Interactional Linguistics”; en Selting, M. y Couper-Kouhlen, E. (eds.), *Studies in Interactional Linguistics*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins Pub. Co., pp. 1-22.
- DENNETT, D. C. (1978), “Beliefs About Beliefs”; *Behavioral and Brain Sciences*, 1, pp. 568-70.
- DINGEMANSE, M. et al. (2015), “Universal Principles in the Repair of Communication Problems”; *PLoS ONE* 10, e0136100.
- (2020), “Between Sound and Speech: Liminal Signs in Interaction”; *Research on Language and Social Interaction*, Routledge 53(1), pp. 188–196.
- (2022), “Interjections”; en van Lier, E. (ed.), *Oxford Handbook of Word Classes*, Oxford, Oxford University Press (in press).
- DI PAOLO, E. A., CUFFARI, A. E. y DE JAEGHER, H. (2018), *Linguistic Bodies: The Continuity Between Life and Language*; Cambridge, MA, USA.: MIT Pres.
- EKMAN, P. y FRIESEN, W. (1969), “The Repertoire of Non-Verbal Behavior Categories: Origins, Usage, and Coding”; *Semiotica* 1, pp. 49–98.
- EVANS, N., BERGQVIST, H. y SAN ROQUE, L. (2018), “The Grammar of Engagement: Framework and Initial Exemplification”; *Language and Cognition*, 10, 1, pp. 110-140.
- IEBICH, A. (2021), “In Defense of Pluralist Theory”; *Synthese*, 198, pp. 6815-6834.
- IEBICH, A., GALLAGHER, S. y HUTTO, D. D. (2016), “Pluralism, Interaction, and the Ontogeny of Social Cognition”; en J. Kiverstein (Ed.), *The Routledge Handbook of Philosophy of the Social Mind* (pp. 208–221), Londres, Routledge.
- GALLAGHER, S. (2001), “The Practice of The Mind: Theory, Simulation, or Primary Interaction”; *Journal of Consciousness Studies*, 8, pp. 83-108.
- (2020), *Action and Interaction*, Oxford, Oxford University Press.
- GEURTS, B. y RUBIO-FERNÁNDEZ, P. (2015), “Pragmatics and Processing”; *Ratio*, XXVIII, pp. 446-469.
- GOODWIN, CH. (2000), “Action and Embodiment in the Situated Social Interaction”; *Journal of Pragmatics*, 32, 10, pp. 1489-1522.
- GOMILA, A. (2001), “La perspectiva de la segunda persona: mecanismos mentales de la intersubjetividad”; *Contrastes*, 6, pp. 65-86.
- (2002), “La perspectiva de la segunda persona de la atribución mental”; *Azafea*, 1, 123-138.
- GREEN, M. S. (2007), *Self-Expression*, Oxford, UK, Oxford University Press.
- GRICE, H. P. (1989), *Studies in the Way of Words*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- HOLLER, J. (2022), “Visual Bodily Signals as Core Devices for Coordinating Minds in Interaction”; *Philosophical Transactions B*, 377, 20210094.
- HOLLER, J. y LEVINSON, S. C. (2019), “Multimodal Language Processing in Human Communication”; *Trends in Cognitive Sciences*, 23(8), pp. 639-652.

- KENDON, A. (1981), "Introduction: Current Issues in the Study of 'Nonverbal Communication'; en Kendon, A. (ed.), *Non-verbal Communication, Interaction, and Gesture*, Mouton Publishers, The Hague, pp. 1-54.
- LEVINSON S. C. (2006a), "On Human 'Interactional Engine'"; en Enfield, N. y Levinson S. C. (eds.), *Roots of Human Sociality. Culture, Cognition, and Interaction*, Berg Pub, Oxford, New York, pp. 39-69.
- (2006b), "Cognition at the Heart of Human Interaction"; *Discourse Studies*, 81(1), pp. 85-93.
- (2013), "Action Formation and Adscription"; en Sidnell, J. y Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis*, UK, Wiley-Blackwell, pp. 103-130.
- (2017), "Speech Acts"; en Huang, Y. (ed.), *Oxford Handbook of Pragmatics*, Oxford, Oxford University Press, pp. 199-216.
- (2019), "Interactional Foundations of Language: The Interaction Engine Hypothesis"; en Hagoort, P., (ed.), *Human Language: From Genes and Brain to Behavior*, Cambridge, MA, MIT Press, pp. 189-200.
- (2022), "The Interaction Engine: Cuteness Selection and the Evolution of the Interactional Base for Language"; *Philosophical Transactions of the Royal Society B* 377: 20210108.
- LEVINSON, S. C. y TONI, I. (2019), "Key Issues and Future Directions: Interactional Foundations of Language"; en Hagoort, P. (ed.), *Human Language: From Genes and Brain to Behavior*"; Cambridge, MA, MIT Press, pp. 257-261.
- LYONS, J. (1977), *Semantics*, Vol. I, Cambridge, Cambridge University Press.
- MAYNARD-SMITH, J. y HARPER, D. (2003), *Animal Signals*; New York, Oxford University Press.
- MOORE, R. (2017), "Pragmatics-First Approaches to the Evolution of Language"; *Psychological Inquiry*, 28, 2-3, pp. 206-210.
- (2018), "Gricean Communication, Language Development, and Animal Minds"; *Philosophy Compass*, 13 (12), e12550
- PÉREZ, D. y GOMILA, A. (2022), *Social Cognition and the Second Person in Human Interaction*; New York, Routledge.
- PICKERING, M. J. y GARROD, S. (2004), "Toward a Mechanistic Psychology of Dialogue"; *The Behavioral and Brain Sciences*, 27(2), pp. 169–190. Discussion, 190-226.
- (2013), "An Integrated Theory of Language: Production and Comprehension"; *Behavioral and Brain Sciences*, 36(4), pp. 329-347.
- ROSSANO, F. (2013), "Gaze in Conversation"; en Sidnell, J. and Stivers, T. (eds.), *The Handbook of Conversation Analysis*, UK, Wiley-Blackwell, pp. 308-329.
- RUBIO-FERNÁNDEZ, P. (2019), "What Theory of Mind Can Learn From Experimental Pragmatics"; en Cummins Ch. y Katsos N., *Handbook of Experimental Semantics & Pragmatics*, UK, Oxford University Press, pp. 524-536.
- (2021), "Pragmatic Markers: The Missing Link Between Language and Theory of Mind"; *Synthese*, 199(1), pp. 1125–1158.
- SACKS, H., SCHEGLOFF, E.A. y JEFFERSON, G. (1974), "A Simplest Systematic for the Organization of Turn-Taking for Conversation"; *Language*, 50 (4), pp. 696-735.

- SCARANTINO, A. (2017), “How to Do Things With Emotional Expressions: The Theory of Affective Pragmatics”; *Psychological Inquiry*, 28(2-3), pp. 165-185.
- SCHEGLOFF, E. (2006), “Interaction: The Infrastructure of Social Institutions, the Natural Ecological Niche for Language, and the Arena in Which Culture Is Enacted”; en Enfield, N. y Levinson, S.C., *op.cit.*, pp. 70-96.
- SCOTT-PHILLIPS, T. (2014), *Speaking Our Minds: Why Human Communication Is Different, and How Language Evolved to Make It Special*; Londres, UK, Palgrave MacMillan.
- SCOTTO, S. C. (2002), “Interacción y atribución mental: la perspectiva de la segunda persona”; *Análisis Filosófico*, 2, pp. 135-151.
- SCOTTO, S. C. (2022), “A Pragmatics-First Approach to Faces”; *Topoi* <https://doi.org/10.1007/s11245-022-09821-1>
- SEARLE, J. (1969), *Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*, Cambridge, UK, Cambridge University Press.
- SHANKER, S. y KING, B. J. (2002), “The Emergence of a New Paradigm in Ape Language Research”; *Behav. Brain Sci.*, 25, 605-656.
- TOMASELLO, M. (2003), *Constructing a Language: A Usage-Based Theory of Language Acquisition*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- TYLÉN, K., ALLEN, M., HUNTER, B., K. y ROEPSTORFF, A. (2012), “Interaction vs. Observation: Distinctive Modes of Social Cognition in Human Behavior and Brain? A Combined Fmri and Eye-Tracking Study”; *Frontiers in Human Neuroscience*, 6: 331.
- TYLER, A. (2010), “Usage-Based Approaches to Language and their Applications to Second Language Learning”; *Annual Review of Applied Linguistics*, 30, pp. 270–291.
- VAN DIJK, T. A. (2006), “Introduction: Discourse, Interaction, and Cognition”; *Discourse Studies*, 81(1), pp. 5-7.
- WARTHON, T. (2009), *Pragmatics and Non-Verbal Communication*; Cambridge University Press, UK.
- WESTRA, E. y NAGEL, J. (2021), “Mindreading in Conversation”; *Cognition*, 210: 104618.
- WIMMER, H. y PERNER, J. (1983), “Beliefs About Beliefs: Representation and Constraining Function of Wrong Beliefs in Young Children’s Understanding of Deception”; *Cognition*, 13(1), pp. 103–128.

EL DISCURSO DEL ODIO

Caitlin Ring Carlson



CÁTEDRA